

# 1 | Una danza de nombres a ritmo de historia

*Mt 1,1-17*

Estamos sorprendidos, casi enmudecidos, al leer un texto desconcertante, monótono, aparentemente insignificante y, quizá, indigesto incluso para el lector más voluntarioso. Una esquemática lista de nombres da la bienvenida a quien se aventura en el evangelio según Mateo que, además, en la disposición actual, inaugura los libros del Nuevo Testamento. Más que una invitación a la lectura, la página parece escrita para desanimar e indisponer a ella.

Todas estas reacciones son legítimas, aunque instintivas y salpicadas con una pizca de superficialidad. También en este caso, las apariencias engañan. Mateo no es un ingenuo y, aún menos, un incauto: él pretende ayudar al lector a tomar conciencia de los secretos apremiantes de la historia y acercarlo a la persona de Jesús. Para esto ha querido crear un solemne portal de acceso a aquel al que la historia judía había esperado durante casi dos milenios. La primera página de Mateo sirve para crear contornos precisos que

ayudan a introducir a Jesús en el tejido de la historia y a enraizarlo en su pueblo. Un suplemento de atención y la superación del malestar inicial ayudarán a revelar horizontes que parecen poco interesantes. Tras la fría cortina de nombres discurre un arroyo de frescura y de actualidad que sabrá apreciar también el lector moderno.

### El texto

- <sup>1</sup> Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán;
- <sup>2</sup> Abrahán fue padre de Isaac; Isaac de Jacob; Jacob de Judá y sus hermanos;
- <sup>3</sup> Judá tuvo de Tamar a Fares y a Zéraj; Fares fue padre de Jesrón; Jesrón de Arán;
- <sup>4</sup> Arán de Aminadab; Aminadab de Naasón; Naasón de Salmón;
- <sup>5</sup> Salmón tuvo de Rajab a Booz; Booz tuvo de Rut a Obed; Obed fue padre de Jesé;
- <sup>6</sup> Jesé, del rey David.

David, de la mujer de Urías, tuvo a Salomón.

12

- <sup>7</sup> Salomón fue padre de Roboán; Roboán de Abías; Abías de Asá;
- <sup>8</sup> Asá de Josafat; Josafat de Jorán; Jorán de Ozías;
- <sup>9</sup> Ozías de Joatán; Joatán de Acaz; Acaz de Ezequías;
- <sup>10</sup> Ezequías de Manasés; Manasés de Amón; Amón de Josías;
- <sup>11</sup> Josías de Jeconías y sus hermanos, cuando la deportación a Babilonia.
- <sup>12</sup> Después de la deportación, Jeconías fue padre de Salatiel; Salatiel de Zorobabel;

- <sup>13</sup> Zorobabel de Abiud; Abiud de Eliaquín;  
 Eliaquín de Azor;  
<sup>14</sup> Azor de Sadoc; Sadoc de Aquín; Aquín de Eliud;  
<sup>15</sup> Eliud de Eleazar; Eleazar de Matán; Matán de Jacob;  
<sup>16</sup> Jacob de José, el esposo de María, de la cual nació Jesús,  
 que es el Mesías.  
<sup>17</sup> Por tanto, las generaciones desde Abrahán hasta David  
 son en total catorce; desde David hasta la deportación  
 a Babilonia, catorce, y desde la deportación hasta el  
 Mesías, catorce.

### **Temática y dinamismo**

El movimiento del fragmento es simple y robusto al mismo tiempo. Estamos en presencia de un trabajo de cincel hábil y artístico, provisto de una introducción que funciona como título (v. 1), de un desarrollo articulado en tres momentos (vv. 2-16) y de una conclusión (v. 17). El principio ayuda al lector a entender, desde las primeras escenas, que el sujeto en cuestión es Jesús. Se le da una triple titulación que la continuación del evangelio se ocupa de ilustrar: «Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán». En perfecta simetría con la frase inicial, se sitúa la conclusión, que recapitula sumariamente un periodo de historia que retoma los nombres de Abrahán, David y Cristo, presentes en el título. La insistencia es deseada: se parte de Cristo y se llega a él. Entre las repeticiones del nombre de Cristo, al principio y al final, danzan una serie de nombres que se suceden al ritmo de la historia: tres grupos de catorce nombres cada

uno, segmentos de vida de Israel que se inician con el cabeza de la estirpe: Abrahán, pasan a través del esplendor del reino de David, se hunden en el abismo de la deportación a Babilonia y, finalmente, resurgen para ir directamente a aquel que cierra la lista.

### Comentario breve

14 La genealogía es el tejido de muchas generaciones en una trama ordenada y sucesiva. En nuestros días esta interesa a un número limitado de personas, cultivadores de heráldica y nobles que han de documentar sus orígenes de un antepasado asimismo noble. Para todos los demás, la genealogía es un accesorio de escaso provecho. No era así en la sociedad antigua. Desprovista de ordenadores y de registros civiles como nosotros, procedía de otras maneras para insertar a las personas individuales en el conjunto social. Una de estas formas la ofrecía la genealogía, que unía un individuo a una cepa y lo caracterizaba, garantizándole una «tarjeta de reconocimiento» indispensable para vivir. Todavía hoy, algunos beduinos de Yemen son capaces de remontarse treinta generaciones y proclamarse descendientes de Mahoma, asegurándose así una legitimación social y el disfrute de determinados derechos.

La Biblia también conoce el documento genealógico, que se utiliza en distintas situaciones y

con objetivos diferentes: algunas genealogías tienen valor puramente conectivo, porque quieren unir periodos muy largos y desprovistos de datos históricos (cf Gén 5; 11,10-26; Rut 4,18-22). Las hay que pretenden legitimar un oficio que no podía ejercerse sin previa documentación —piénsese en los sacerdotes postexílicos, que tenían que demostrar ser de auténtica descendencia sacerdotal (cf las listas de los libros de Esdras y Nehemías)—. Otras son listados que servían al fisco para la recaudación de impuestos o a las autoridades para enrolar soldados (cf 1Crón 7,5.11.40); en último lugar, algunas genealogías se transmitían para celebrar la gloria de un personaje, como es el caso de Moisés (cf Éx 6,14-20).

¿Por qué una genealogía de Jesús? Parecería obvio pensar que un personaje como Jesús tendría que estar provisto de una genealogía que celebre su gloria y lo relacione indudablemente con los grandes de la historia judía. Este no es el motivo. El estilo, sucinto y esencial, rehúye semejantes intenciones. Mateo es un hombre de fe, conoció y amó a Jesús como hijo de María y, también, como Hijo de Dios, en él encuentra realizadas las promesas que han marcado la existencia de Israel. Su presencia en la comunidad de los hombres no sólo determina un vuelco histórico, sino que es, por decirlo así, su aguja magnética, su punto de polarización. La historia de Israel tiene sentido con él y por él. Personas y hechos que se sucedieron en el tiempo preparaban su llegada, le preparaban el

camino y susurraban su nombre que, ahora, por primera vez y precisamente al principio del evangelio, resuena claro y reconocible: «Jesucristo». Mateo ha alcanzado su intención combinando sabiamente distintos elementos, como la reagrupación numérica de los nombres, la inserción de algunas mujeres y la presentación literaria. Considerémoslos más de cerca.

### **Reagrupación numérica de los nombres**

16 La primera serie de catorce nombres presenta hechos significativos de la historia de Israel: su nacimiento con Abrahán, su fundación jurídica con las doce tribus y la cumbre del reino con David. La fuente se puede buscar en archivos históricos como 1Crón 2 y Rut 4,18-22, y añadiéndole los patriarcas. Casi por efecto óptico de contrastes, la segunda serie parte del periodo áureo del reino en tiempos de David y Salomón, para precipitarse en el polvo del abandono y de la anulación: el exilio. Sigue siendo el libro de las Crónicas la fuente fiable (cf 1Crón 3,5-16). La tercera y última serie se basa en la fuente común para los primeros nombres, yendo después por vías que desconocemos.

Lo que más sorprende es la capacidad de Mateo para leer una historia tan inconexa y desordenada como una tabla pitagórica donde todo tiene sentido y valor: tres veces una lista de catorce nombres quiere describir una perfección, una re-

gularidad y una finalización que revelan la mano de Dios. Lo que los hombres no habían previsto o lo que, incluso, habían considerado vergonzoso, todo adquiere consistencia en la fórmula 3 x 14 en que insiste Mateo, citándola explícitamente al final de la genealogía. Más que un resumen, esta fórmula se convierte en una clave interpretativa para leer un plan perfecto tejido por Dios con mano silenciosa en el paso de los siglos. Mateo no se revela *homo mathematicus*, sino teólogo, porque ayuda a leer, bajo la fría apariencia de los números, el calor de una historia que genera a su hijo más ilustre. Por eso, el punto de llegada es él, Jesucristo.

#### **La introducción de algunas mujeres**

Encontrar algunos nombres de mujeres en una genealogía despierta una gran sorpresa, pues la descendencia se transmite, normalmente, por línea paterna. La sorpresa aumenta aún más cuando se leen los nombres de Tamar (v. 3), Rajab (v. 5), Ruth (v. 5) y «la mujer de Urías», es decir, Betsabé (v. 6), mujeres que no son famosas y de un pasado no siempre brillante. ¿Por qué no elegir las nobles mujeres de los patriarcas: Sara, Rebecca, Raquel y Lía? Su presencia habría dado lustre a la genealogía y ahuyentado cualquier duda. Sin embargo, Mateo se mueve de forma extraña, anticonformista y al límite de la provocación.